

# LA RELACIÓN CIUDAD-CAMPO: REVISIÓN

RESUMEN: Cuando se aborda el estudio de la ciudad antigua es imposible eludir los problemas que ha planteado, hasta la actualidad, la denominada «relación ciudad-campo». Los numerosos debates y controversias sobre el tema son una buena prueba de ello. Un análisis profundo de las líneas de investigación que, hasta hoy, han intentado definir y explicar la relación ciudad-campo, puede reflejar la situación a la que se ha llegado en esta cuestión y cuál es el objetivo último que se persigue con el estudio de tal relación.

## I. INTRODUCCIÓN

Uno de los temas de la investigación sobre la ciudad antigua que ha resultado más debatido, a juzgar por las controversias y análisis que ha suscitado en los últimos años, es el que se ha dado en llamar la 'relación ciudad-campo'. Lejos de haber clarificado los problemas, tales controversias, han provocado, en estudios recientes, un sentimiento de insatisfacción que, como veremos a continuación, en ocasiones, se manifiesta abiertamente.

En el prefacio que abre las actas del coloquio celebrado en 1984 en Aix-en-Provence, bajo el título «L'origine des richesses dépensées dans la ville antique», P.-A. Février dice textualmente: «Bien des intervenants ont été d'accord, de l'époque républicaine tardive à une Antiquité que l'on décide à appeler tardive, pour reconnaître que la principale richesse de la ville vient de la campagne. Encore faut-il se mettre d'accord sur ce que l'on appelle campagne et sur de qu'elle produit. Le rapport ville-campagne, c'est encore un de ces thèmes qui peut paraître mal posé; mais qui entend répondre à des vraies questions' (1985, p. 12).

También M. I. Finley nos muestra un claro sentimiento de desencanto, sobre todo, en lo que a estudios particulares sobre determinadas ciudades se refiere. En su opinión, tales estudios que «they lack a conceptual focus or scheme' (1977, p. 324) y cuyo método es descriptivo y positivista, conducen a un «cul de sac» y son incapaces de dar una explicación a la ciudad antigua. Esta insatisfacción le ha llevado a preguntarse si la ciudad antigua es una categoría justificable y a buscar un tipo ideal que pudiese abarcar a todas las ciudades greco-romanas. Este tipo ideal estaría basado en «the closely interlocked town-country unit» (1977, p. 325).

¿Qué es lo que ha llevado a muchos investigadores a semejante insatisfacción ante los estudios sobre la ciudad antigua y sobre la relación ciudad-campo? ¿Para qué necesita Finley un tipo ideal? ¿Cuáles son las verdaderas cuestiones a las que intenta responder la relación ciudad-campo de las que habla Février?

Quizás podamos responder a estas preguntas si examinamos el estado actual de la cuestión. Para ello realizaré, en primer lugar, una revisión de las líneas maestras de la investigación que, hasta hoy, han intentado definir y explicar la relación ciudad-campo. En ella veremos cómo el tema hunde sus raíces en el siglo XIX, ya sea a través del influjo de Karl Marx o de la polémica

que han suscitado los tipos ideales de ciudades de Max Weber y en particular su 'ciudad de consumo'. Veremos también que se ha abandonado, aunque no totalmente, la tónica y tantas veces aludida explotación del campo por parte de la ciudad, tan difundida desde los trabajos de M. Rostovzeff, y que se han dado nuevos enfoques a la relación ciudad-campo, que pretenden conciliar ambos términos antes enfrentados.

A la vista de esta revisión, trataré de demostrar que toda la investigación, a pesar de que existan tendencias contrapuestas, confluye en un punto común: la separación de ciudad y campo. Esto no significa necesariamente una oposición entre ambos. Pero no deja de ser cierto que ciudad y campo siempre han sido considerados como dos elementos separados, susceptibles de ser relacionados.

Esta revisión irá seguida del planteamiento de una serie de cuestiones, con las que finalizaré, y que pueden sugerir la necesidad de un nuevo enfoque de estudio de la llamada 'relación ciudad-campo'.

## II. MARX Y LA PRETENDIDA OPOSICIÓN CIUDAD-CAMPO

Como es bien sabido, Marx nunca realizó un estudio sobre la ciudad antigua ni sobre la relación ciudad-campo. Pero las breves alusiones que aparecen en su obra han sido suficientes para llevar a buena parte de los investigadores, entre los que destacan Ph. Leveau o M. I. Finley, a suponer que Marx se refería al Mundo Antiguo cuando hablaba de la contradicción de intereses que se producía entre ciudad y campo con la división del trabajo, es decir, con la separación entre trabajo industrial y comercial y trabajo agrícola.

En lo que sigue, trataré de demostrar que, en mi opinión, la existencia de una oposición ciudad-campo en el Mundo Antiguo no aparece tan claramente perfilada en Marx como se ha llegado a afirmar; encontraremos, además, un cierto grado de confusión y contradictoriedad en la obra de Marx en lo que se refiere a la Antigüedad.

Y creo que debemos empezar por recordar la formulación que Marx nos proporciona sobre la ciudad antigua, formulación que hace ya dudosa la identificación de una oposición ciudad-campo con el Mundo Antiguo.

Marx define en los *Grundrisse* a la historia antigua clásica como historia urbana «pero de ciudades basadas en la propiedad de la tierra y en la agricultura» (1972, p. 442), ciudad que no es un simple conjunto de casas: «La mera existencia de la ciudad como tal, es diferente de la mera pluralidad de casas independientes. En este caso, el todo no consiste en sus partes: es una especie de organismo autónomo» (1972, p. 442). Esta ciudad forma con el campo el Todo Económico: «La ciudad con sus tierras colindantes es el Todo Económico» (1972, p. 443). No vemos, en esta breve referencia a la ciudad antigua, nada que haga suponer que existe una contradicción de intereses entre ciudad y campo. Todo lo contrario. Podemos deducir una cierta unión entre ambos para formar el Todo Económico. Desgraciadamente, Marx no fue más allá de este simple enunciado y por tanto carecemos de una explicación que nos indique cómo se unen ciudad y campo para formar ese Todo Económico, ni los conflictos que de ahí pudieran surgir. Anotemos de paso que esta interesante perspectiva no ha merecido, hasta ahora, la atención de los investigadores<sup>1</sup>. El papel estructurante de la ciudad sobre su territorio, que veremos más adelante, podría ser, parcialmente, una versión moderna de ese Todo Económico.

<sup>1</sup> Finley hace alusión a la consideración de Marx de ciudad y campo Todo Económico, pero la califica de comentario ocasional y no le presta mayor atención (1977, p. 323).

Y, en efecto, esta unión de ciudad y campo como Todo Económico que acabamos de ver en los *Grundrisse*, no parece tener sentido<sup>2</sup> si observamos el esquema que Marx nos presenta en *La Ideología Alemana* y *El Capital*. Es, a este esquema, al que acuden una y otra vez los investigadores para probar que Marx oponía ciudad y campo en la Antigüedad. Sin embargo, veremos cómo el carácter contradictorio de la obra de Marx no permite sino tomar con reservas tal afirmación, mientras que las referencias a una oposición en la Edad Media aparecen claras y contundentes.

Leemos en *La Ideología Alemana*: «La contradicción entre el campo y la ciudad comienza con el tránsito de la barbarie a la civilización, del régimen tribal al Estado, de la localidad a la nación y se mantiene a lo largo de la historia de la civilización hasta llegar a nuestros días» (1968, p. 55). No hay alusiones a la Antigüedad, pero es obvio que no son necesarias, la contradicción entre ciudad y campo parece clara. Pero ya no resulta tan evidente, por lo que al Mundo Antiguo se refiere, cuando observamos la separación de ciudad y campo por medio de la división del trabajo: «La división del trabajo dentro de una nación se traduce, ante todo, en la separación del trabajo industrial y comercial con respecto al trabajo agrícola, y con ello en la separación de la ciudad y el campo y en la contradicción de intereses entre uno y otro» (1968, p. 20). En *El Capital* se repite el mismo esquema: «La base de todo régimen de división del trabajo *un poco desarrollado y condicionado por el intercambio de mercancías*, es la separación de la ciudad y el campo. Puede decirse que toda la historia económica de la sociedad se resume en la dinámica de este antagonismo (el subrayado es mío)» (1973, p. 286). Este esquema, así definido, parece perder consistencia si tenemos en cuenta lo que Marx nos dice en otro lugar de *El Capital*: «En los sistemas de producción de la Antigua Asia y de otros países de la Antigüedad, la transformación del producto en mercancía y, por tanto, la existencia del hombre como productor de mercancías, desempeña un papel secundario, aunque va cobrando un relieve cada vez más acusado a medida que aquellas comunidades se acercan a su fase de muerte» (1973, p. 286). En este orden de cosas, también resultan interesantes las notas referidas a la Edad Media: «Y a la par, con el desarrollo completo del feudalismo, aparece la contraposición del campo con respecto a la ciudad» (1968, p. 24). Esta misma contraposición está, en los *Grundrisse*, incluida en una periodización de la Historia que realiza Marx a partir de la forma de relacionarse la ciudad con el campo: «La historia antigua clásica es historia urbana, pero de ciudades basadas en la propiedad de la tierra y en la agricultura, la historia asiática es una especie de unidad indiferente entre ciudad y campo. La Edad Media (época germánica) surge de la tierra como sede de la historia, historia cuyo desarrollo posterior se convierte luego en una contraposición entre ciudad y campo» (1972, p. 442). Este último pasaje debería ser, él solo, suficiente.

Ante todo lo que hemos visto, podemos concluir que las alusiones *claras* a la Antigüedad están ausentes de la obra de Marx cuando se trata de referirse a la oposición ciudad-campo. No ocurre lo mismo con la Edad Media y épocas posteriores. La contradicción que entre ciudad y campo se produce en la Edad Media no parece ser la continuación de un desarrollo cuyo origen se sitúa en la Antigüedad sino una contradicción generada por el propio feudalismo y por la aparición del trabajo artesanal independiente, organizado en gremios y que, en mi opinión, es a lo que se refiere Marx cuando dice: «La separación de la ciudad y el campo puede concebirse también como la separación del capital y la propiedad de la tierra, como el comienzo de una existen-

<sup>2</sup> A menos que ciudad y campo, como elementos opuestos, formen también el Todo Económico a través de una relación dialéctica que implique una 'unión de con-

trarios' y que, como veremos más adelante, será la perspectiva de E. Sereni. Sea como fuere, Marx no da explicación alguna al respecto.

cia y de un desarrollo del capital independientes de la propiedad territorial, de una propiedad basada solamente en el trabajo y en el intercambio» (1968, p. 56).

La única oposición clara que podemos deducir de las reflexiones de Marx es la que se da entre clases sociales<sup>3</sup>, consecuencia de la diferenciación de los miembros de la comunidad y que se incluye en la conocida 'lucha de clases': «Donde se da ya la separación de los miembros de la comunidad como propietarios privados con respecto a sí mismos y como propiedad de territorio urbano, se hacen presentes también las condiciones a través de las cuales el individuo puede perder su propiedad» (1972, p. 445).

Creo que todo lo expuesto hasta aquí debería ser tomado en consideración antes de suponer que con esa estricta división entre trabajo comercial e industrial y trabajo agrícola Marx se refería a la Antigüedad. Una interpretación apresurada podría conducirnos a error. Y esto es lo que parece haber sucedido en el caso de Finley o Leveau. Pero si la conclusión de ambos sobre las propuestas de Marx es la misma —es decir, que Marx afirma que existe una oposición ciudad-campo—, no sucede así con el valor que le dan. Mientras Leveau manifiesta un rechazo completo a lo que —según él— es la oposición ciudad-campo de Marx<sup>4</sup>, Finley es más cauto en su valoración<sup>5</sup>, encuadrando las opiniones de Marx dentro de su preocupación por el fenómeno del capitalismo en su contexto del siglo XIX y reconociendo, por supuesto, que Marx nunca se ocupó específicamente de la ciudad antigua<sup>6</sup>. El rechazo de que es objeto Marx, rechazo total en el caso de Leveau, menos contundente en el de Finley, viene seguido de un nuevo planteamiento sobre la relación ciudad-campo. Ambos investigadores son partidarios de una unión de ciudad y campo<sup>7</sup>, aunque bajo perspectivas diferentes, que explicaré en su momento. Por eso, las opiniones de Marx, bajo su punto de vista, son inadmisibles.

Acabamos de ver que Finley y Leveau, entre otros<sup>8</sup>, se muestran partidarios de rechazar las opiniones de Marx sobre la ciudad antigua. No sucede lo mismo con E. Sereni. Tomando a Marx

<sup>3</sup> Otro ejemplo de separación de clases aparece también en *La Ideología Alemana* cuando Marx explica que con el desarrollo de la propiedad privada en Roma se da «la transformación de los pequeños campesinos plebeyos en un proletariado que, sin embargo, dada su posición entre los ciudadanos poseedores y los esclavos, no llega a adquirir un desarrollo independiente» (1968, p. 23). Como vemos, se habla de poseedores y de no poseedores pero esto no quiere decir que los primeros sean urbanos y los segundos rurales ni viceversa.

<sup>4</sup> Leveau es más preciso en su crítica a Marx: «Le schéma présenté dans L'Ideologie Allemande —une spécialisation des tâches productives, la ville se réservant le travail artisanal et en offrant aux campagnes ses produits contre ceux de la terre— est difficilement vérifiable» (1983, p. 277).

<sup>5</sup> Cuando Finley, 1977, señala las citas de Marx sobre la división del trabajo correspondientes a *La Ideología Alemana* y *El Capital* que yo he mencionado, no se define al respecto. Pero en otro lugar de su artículo y sin hacer referencia alguna a Marx, leemos: «What we commonly call «class conflict» is invariably between «rich» and «poor», not between land owners and manufacturers, or between labour and capital, or between masters and slaves (entrecorillado en el original)» (p. 307), quizás podamos deducir un cierto rechazo —¿inconsciente?— a las propuestas de Marx. Aunque la referencia más no-

table que Finley hace a Marx aparece en *The Ancient Economy* expresada de la siguiente forma: «What is absent from that literature, however, is the notion of a fundamental economic (en cursiva en el original) divide between the two sectors of human society, whether in the armonious formulation with which Adam Smith opened the third book of his *Wealth of Nations* —...— or in the idea of a fundamental hostility expressed by Marx and Engels in *The German Ideology* (...) and repeated by Marx in the first volume of *Capital*» (1985, p. 192).

<sup>6</sup> «Marx, of course, never made a systematic inquiry into the ancient world in general, or the ancient city in particular» (1977, p. 323).

<sup>7</sup> Finley afirma: «In my view, the starting-point for the historian of the ancient city must be the attachment between hinterland and city» (1977, 308). Leveau da por sentado que ciudad y campo no se pueden separar y lo que le preocupa es la relación entre ellos: «La ville vivait certes de la rente foncière. Mais la relation qu'elle entretenait avec l'espace rural, et que l'archéologie commence à restituer, est une relation active» (1983b, p. 921).

<sup>8</sup> H. Bruhns hace también una breve referencia al esquema de oposición ciudad-campo de Marx: «Avant de voir si cette définition de la ville de consommation et de l'ideal type se trouve telle quelle chez Sombart ou Weber, je voudrais préciser que: 1.º je ne parlerai pas de la notion de «ville parasite», bien qu'il soit intéressant de

como base, Sereni afronta el problema de la relación ciudad-campo bajo la óptica del materialismo dialéctico.

Debo resaltar que la concepción que el propio Sereni tiene con respecto a la relación ciudad-campo ha sufrido un ligero cambio a lo largo de su obra. Si bien en un principio admite todas las opiniones de Marx que acabamos de ver y que, a mi juicio, son excesivamente confusas, posteriormente introduce un nuevo elemento —el concepto de Bloque Histórico— con el fin de conciliar ciudad y campo que, en teoría, Marx había contrapuesto.

Sereni 1955 acepta en toda su extensión los esquemas sobre división social del trabajo y el contraste entre ciudad y campo que hemos visto en Marx y que hemos puesto en duda, al menos para la Antigüedad. Veamos, pues, en primer lugar, en qué consiste la argumentación de Sereni y cómo concibe la relación ciudad-campo a través de las ideas de Marx.

El objetivo de Sereni es analizar y encuadrar la *Sententia Minuciorum*<sup>9</sup> en el contexto de las comunidades rurales de la Liguria antigua. Para ello realiza un estudio sobre la evolución que tiene lugar con el paso de la comunidad gentilicia a la comunidad territorial en Liguria. Y es en este estudio donde encontramos las notas de mayor interés para el tema de la relación ciudad-campo.

Sereni nos dice que con el paso de una comunidad gentilicia a una comunidad de base territorial debe tenerse en cuenta la importancia que en esta última comienza a asumir la división social del trabajo<sup>10</sup>. Sereni subraya también el destacado papel que en la evolución a la organización territorial ha tenido el desarrollo del tráfico y del intercambio, lo que supone un perfeccionamiento en la división social del trabajo<sup>11</sup>. Esto conlleva la creación de lugares estables de asentamiento o la evolución de *oppida* ya existentes hacia una incipiente civilización urbana, lo que entrañará, como había dicho Marx —en opinión de Sereni—, la contraposición entre ciudad

prendre ce terme comme un terme technique rendant compte d'une relation économique (...). Si nous prenons par contre cette notion dans un sens moral, cela nous mènerait 2.<sup>o</sup> vers l'idéologie de l'antagonisme campagne contre ville. Rappelons seulement, parmi les modernes, Adam Smith, Karl Marx et Oswald Spengler, pour qui l'opposition ville-campagne était un des moteurs de l'histoire universelle» (1985, pp. 275 s.). Vemos que Bruhns también se inclina a pensar que Marx habla de oposición ciudad-campo en la Antigüedad y por tanto no acepta tal opinión. Por otra parte, no puedo dejar de señalar la confusión de Bruhns en lo que respecta a Adam Smith. En el comienzo del tercer libro de la *Riqueza de las Naciones*, nos dice Adam Smith: «La actividad comercial más eminente de toda sociedad civilizada es la que tiene lugar entre los habitantes de las ciudades y los del campo ... No ... habremos de imaginar que la ganancia de la ciudad representa precisamente una pérdida para el campo, porque la ganancia de ambas partes es recíproca y la división del trabajo también es, en este caso, como en los demás, ventajosa a cuantos se emplean en las varias ocupaciones en que se encuentra aquel subdividido» (1985, p. 339). No vemos por ningún lado la oposición ciudad-campo que señalaba Bruhns. Al contrario. Adam Smith trata de conciliar ambos elementos aunque sea a través de esa relación económica.

En la misma línea que Leveau, Finley o Bruhns de rechazo a Marx, creo que debe incluirse, asimismo, a J. Andreau. Si bien no alude directamente a Marx, se pre-

ocupa constantemente en resaltar que no se debe asimilar única y exclusivamente las actividades no agrícolas a la ciudad y explotación de la tierra al campo: «Mais il ne faut confondre ni l'exploitation de la terre avec la campagne ni les activités non agricoles avec la ville» (1985, p. 183). Pienso que esta opinión de Andreau está destinada a combatir la idea de la división del trabajo entre ciudad y campo que proponía Marx.

<sup>9</sup> La *Sententia Minuciorum* fue pronunciada en el 117 a.C. por los senadores Quinto y Marco Minucio, árbitros de la controversia entre las comunidades ligures de los *Genuati* y de los *Vituri* a propósito de los confines y de la condición jurídica de la tierra que correspondía a ambas comunidades.

<sup>10</sup> «Ci troviamo, é evidente, di fronte a fenomeni e ad evoluzioni, caratteristiche per la più evoluta comunità rurale a base territoriale, inconcepibile o assai meno rilevante nella primitiva comunità gentilizia; e di questa evoluzione non si potrebbe intendere la sostanza, se non si tenesse conto dell'importanza che, nella comunità a base territoriale, comincia ad assumere una divisione sociale del lavoro, meno rudimentale e «naturale» di quella che è caratteristica per la comunità primitiva (entrecomillado en el original)» (1955, p. 25).

<sup>11</sup> «È stata sovente sottolineata l'importanza che, per il passaggio alla organizzazione territoriale ha lo sviluppo dei traffici e degli scambi, con l'affinamento della divisione sociale del lavoro che esso presuppone» (1955, p. 25).

y campo: «Quando —come nel caso in esame— questa forma della divisione sociale del lavoro è integrata dall'altra, che dà luogo alla costituzione di uno stabile cetto di mercanti o di navigatori, la via è aperta, tra le antiche comunità, all'incipiente affermazione di una civiltà urbana, alla nuova e fondamentale divisione del lavoro fra città e campagna, ai conseguenti sviluppi e contrasti» (1955, p. 26).

Con este desarrollo hacia asentamientos que podríamos denominar de «tipo urbano»<sup>12</sup>, se inicia también la hegemonía de la ciudad sobre el campo, quedando este último subordinado a la ciudad: «Certo è che, già prima di quel che non avvenga in altri settori dell'area ligure, gl'influssi urbani divengono un agente decisivo dell'evoluzione e della differenziazione etnica in quest'area ligure transalpina, che si distingue per una sua più avanzata cultura, per un più compatte del'aggruppamento etnico, per una più accentuata evoluzione nel senso dell'organizzazione statale e della subordinazione della campagna alla città» (1955, pp. 138 s.).

Encontramos, así, en esta argumentación de Sereni, todos los elementos que veíamos en Marx: con el paso de la «barbarie a la civilización» (utilizo la misma expresión que Marx) se produce una división social del trabajo<sup>13</sup> que llevará pareja la contraposición entre ciudad y campo. El esquema de Marx es acoplado por Sereni sin variaciones para explicar la evolución de las tribus ligures.

Ya he expresado mis dudas ante la posibilidad de que Marx se refiriera al Mundo Antiguo cuando exponía tales ideas, por lo que me parece aventurado adaptarlas con tanta exactitud al tratar de explicar no sólo la evolución de las comunidades ligures, como hace Sereni, sino también la relación ciudad-campo en la Antigüedad.

Pero veamos ahora qué variante introduce Sereni con respecto a la opinión precedente de contraposición ciudad-campo.

Sereni, 1967, parte nuevamente de Marx. Pero se detiene más en la concepción que tiene Marx de la comunidad como un ente cuasi físico: «En Roma, por ejemplo, la comunidad existe... en la presencia de la ciudad misma y de los funcionarios que están a su frente» (Marx 1972, p. 442). Esto ha llevado a Sereni a desarrollar su teoría sobre la 'materialización' y 'objetivación' de lo que él llama conjunto de estructuras de la relación ciudad-campo. Veamos en qué consiste.

Para Sereni, el carácter distintivo de la ciudad antigua continúa siendo la supremacía, es decir, el papel decisivo de mando y guía que, progresivamente, va adquiriendo sobre el campo. Esta supremacía que aparece materializada en sus magistraturas, edificios públicos o plan de urbanismo, es lo que le permite a la ciudad proyectar la eficacia de sus estructuras internas sobre el campo<sup>14</sup>. Esto no significa la consideración de la ciudad en oposición al campo. Sereni plantea ahora —y aquí es donde aparece la diferencia con respecto a su idea anterior— la relación ciudad-campo como un Bloque Histórico, concepto que extrae de la terminología de A. Gramsci.

<sup>12</sup> Ya sea por una evolución interna o por la influencia de centros urbanos ya constituidos como es el caso de Marsella en la zona de Liguria que estudia Sereni.

<sup>13</sup> La división social del trabajo queda establecida por Sereni del mismo modo que en Marx. Por un lado el artesanado y por otro las actividades agrícolas y pastoriles: «Quella superiore forma di divisione sociale del lavoro, che è la divisione fra il lavoro de l'artigiano de un lato, o quello del cacciatore, del pastore, del agricoltore dall'altro è ... ad un tempo la premessa e la conseguenza di un progresivo affermarsi della comunità a base territoriale...» (1955, p. 25).

<sup>14</sup> Reproduzco sus propias palabras: «Cette puissance nouvelle de la ville, celle qui se concrétise et s'objective dans ses magistratures, dans ses édifices publics, dans son plan d'urbanisme, c'est aussi celle qui lui permet de faire rayonner l'efficacité de ses structures internes sur la campagne elle-même, en la soumettant à sa direction personnelle et même à son pouvoir autoritaire, au point de lui donner, jusque dans son paysage, l'empreinte de ses propres formes» (1969, p. 26).

La ciudad y el campo no son, para Sereni, dos realidades amorfas cuya relación es global y estática. Todo lo contrario. Son dos conjuntos perfectamente estructurados que se influyen mutuamente y que «sous l'hégémonie de la ville ... ville et campagne en arrivent à se souder ... en un véritable Bloc Historique» (1967, p. 27). Este Bloque Histórico es, en palabras del propio Gramsci, «la ciudad de los contrarios y los distintos» (1977, p. 79), unidad que es posible por medio de una relación dialéctica. El interior de este Bloque Histórico se articula en un conjunto de estructuras y superestructuras que son producidas, de un solo impulso, por la actividad productiva y creativa del hombre: «Avec un seul élan, avec un acte unique, celle-ci produit et entraîne avec elle non seulement la matérialité de notre subsistance, mais aussi nos techniques, nos outils, nos rapports de production eux-mêmes, avec notre langage, avec toutes ces autres formes d'expression et de communication entre les hommes qui constituent le véhicule de ces rapports, et également le véhicule du système des superstructures politiques, juridiques, religieuses qui structurent notre société et à travers lesquelles nous prenons conscience de sa réalité dialectique et contradictoire» (1967, p. 29).

Sereni trata de aplicar este esquema a la relación ciudad-campo e intenta definir el conjunto de estructuras propio de esta relación. Y para facilitar su estudio, las divide en dos grupos. Por una parte habla de las estructuras inherentes a los medios de producción y técnicas productivas, caracterizadas por su proyección y objetivación en el suelo. Por otro lado, aparecen las estructuras referidas al hombre mismo<sup>15</sup>, que también se objetivan y materializan al ser estructuras de 'producción para otros'<sup>16</sup>.

Sereni finaliza diciendo que el resultado de todos estos procesos de objetivación aparece plasmado en las estructuras estatales: «Dans le cadre de ces structures étatiques, le processus d'objectivation et d'aliénation s'élargit à tous les niveaux, dans le monde urbain et dans les rapports ville-campagne de l'Italie antique» (1967, p. 48).

El denso argumento de Sereni, que evidentemente responde a la fraseología propia del materialismo dialéctico, tan en boga en la época, se ha vuelto, en mi opinión, enormemente abstracto y confuso. La relación ciudad-campo se ha estructurado, cosificado, materializado... pero no se ha definido. Que la estructura del territorio refleja la sociedad que se implanta sobre él, parece claro, pero los problemas históricos y concretos de la relación ciudad-campo se difuminan, en el planteamiento de Sereni, entre procesos de alienación y cosificación.

### III. MAX WEBER Y LA CIUDAD DE CONSUMO

Me interesa destacar aquí la polémica surgida a raíz del concepto 'ciudad de consumo' de Max Weber. Tal concepto, lejos de haber pasado de moda como cree Fevrier<sup>17</sup>, parece haber to-

<sup>15</sup> Estructuras entre las que Sereni incluye las estructuras de parentesco y agregación étnica, las estructuras onomásticas, la inherentes a los modos y tipos de establecimiento, lingüísticas y gráficas, de las relaciones sociales de producción, de la propiedad privada, de clase...

<sup>16</sup> La objetivación de estas estructuras se produce por el proceso de 'producción para otros': la palabra es pensamiento objetivado, un pensamiento 'para otros'. La escritura materializa a su vez a la palabra. La mercancía

es un producto del trabajo humano 'para otros' y la moneda su objetivación ulterior. El hombre mismo, en el caso de relaciones de dependencia, se convierte también en mercancía, es un producto 'para otros'.

<sup>17</sup> «La mode est passée de parler de mode de production asiatique pour faire semblant de comprendre certaines sociétés; comme il est peut-être passé le temps de parler de «ville de consommation» ou de «ville vitrines» (entrecorrido en el original)» (1985, p. 9).

mado un nuevo auge, sobre todo, a partir del artículo de Finley, 1977, y sigue siendo, en la actualidad, objeto de formulaciones y reformulaciones<sup>18</sup>.

Si nos detenemos por un momento en esa polémica, podremos observar las dificultades que ha supuesto interpretar lo que Weber quería decir al calificar a la ciudad antigua de 'ciudad de consumo'. Estas dificultades han llevado a algunos investigadores, a los que enseguida me referiré detalladamente, a seleccionar entre las opiniones de Weber algunos rasgos predominantes que puedan caracterizar a la 'ciudad de consumo'. De este modo, unos se han decidido por asimilar la 'ciudad de consumo' a ciudad de rentistas agrarios. Otros presuponen que Weber, al hablar de 'ciudad de consumo' se refería a que predominaban en ella los intereses de los consumidores y no los intereses de los productores. En otras ocasiones, se pone de relieve que, en la formulación de Weber, tenían su papel artesanos y comerciantes, y no por ello se invalida la noción de 'ciudad de consumo'. Rentistas, comerciantes, intereses de los consumidores... Todo ello puede ser encontrado, caracterizando a la 'ciudad de consumo', en la extensa y compleja obra de Weber. Esta adquiere así, el carácter, aunque la expresión resulte un tanto fuerte, de un gran bazar, en donde cualquier especulación que se haga sobre la 'ciudad de consumo', puede tener una apoyatura cierta<sup>19</sup>. De esta forma, el concepto de Weber parece haberse convertido en un elemento flexible, que puede adaptarse a la interpretación que cada investigador quiera darle. Veremos, a continuación, las más interesantes entre estas interpretaciones y cómo a través de ellas se ha llegado a aceptar o rechazar, según los casos, la 'ciudad de consumo' como concepto explicativo de la ciudad antigua.

Es Ph. Leveau el primero que se nos presenta como claro partidario de rechazar el concepto de Weber. Leveau considera que aplicar el calificativo de 'ciudad de consumo' a la ciudad antigua significa relegarla a un papel de agente pasivo, sinónimo de 'ciudad de rentistas'. Ambos

<sup>18</sup> Y así lo reconoce, por ejemplo, Ch. Goudineau: «Il est intéressant de voir comment des concepts (ceux de Weber ou de Sombart) échappent progressivement à leurs créateurs, se déforment et —diront certains— se pervertissent... Cela dit, que le concept de 'ville de consommation', tel qu'il est couramment employé aujourd'hui, ne correspond plus à la problématique originelle, cela ne présente qu'un intérêt historiographique. La mise au point est utile, elle rappelle la méfiance à observer à l'égard des lectures de deuxième main et la nécessité du retour aux sources. Le problème de fond n'en demeure pas moins» (1985, p. 281).

<sup>19</sup> Veamos algunos ejemplos significativos que se repiten en las diferentes obras de Weber. Si se identifica 'ciudad de consumo' con ciudad de rentistas agrarios, nos encontramos en *Wirtschaft und Gesellschaft* con su correspondiente apoyatura: «Aber: zum Unterschiede von Athen (en Roma) nur diejenigen, welche ländliche Grundbesitzer waren und welche Bodenbesitz solchen Umfangs in Händen hatten, dass sie die eigene Anwesenheit in der Stadt mit der Bewirtschaftung dieses Besitzes durch fremde Kräftevereinigungen konnten: Grundrentner also» (1972, p. 802). También en *Agrarverhältnisse* aparecen los rentistas agrarios; «Der antike Bauer will nicht Schuld knecht und damit Land wirtschaftliche Arbeitskraft eines stadtsässigen Grund und Geld-Rentners sein» (1924, p. 258). De la misma forma, Weber afirma en varias ocasiones que en la ciudad antigua priman los intereses de los consumidores sin que éstos tengan que

ser necesariamente rentistas agrarios: «Die voll entwickelte Demokratie der hellenischen Städte, ebenso aber auch die voll entwickelte Honoratiorenhererschaft in Rom kennt vielmehr, soweit die städtische Bevölkerung in Betracht kommt, neben Handelsinteressen fast nur noch Konsumenteninteressen» (1972, p. 797). Podemos apreciar un nuevo ejemplo cuando Weber nos describe la evolución de la ciudad antigua partiendo siempre de que su política estuvo determinada por los intereses de los consumidores: «Und nirgends wurde die Politik einer antiken Stadt durch diese Produzenteninteressen beherrscht. Für ihre Richtung massgebend waren vielmehr zunächst in den alten Seestädten diejenigen grundherrlichen und ritterlichen, am Seehandel und Seeraub interessierten, dorthin ihren Reichtum erwerbenden stadtsässigen Patrizier, welche überall, dann aber, in der Frühdemokratie, diejenigen landsässigen hoplitfähigen Besitzer, welche in dieser Art nur in der mitteländischen Antike vorkommen. Schliesslich aber die Interessen von Geld- und Sklavenbesitzern einerseits, städtischen Kleinbürgerschichten andererseits, welche beide, nur in verschiedener Art, an Staatbedarf und Beute als Gross- und Klein-unternehmer, Rentner, Krieger und Matrosen interessiert sind» (1972, p. 803). La lista de ejemplos podría ser prácticamente interminable. Estos breves párrafos que acabo de señalar pueden ser útiles para mostrar también que la problemática sobre la 'ciudad de consumo' es más compleja de lo que a simple vista puede parecer y no se debe hacer una simplificación excesiva de dicho concepto.

conceptos, 'ciudad de consumo' y 'ciudad de rentistas', si bien menos peyorativos que el de 'ciudad parásita', ocultan, según Leveau, el papel organizador que posee la ciudad antigua y la relación activa que ésta mantiene con su territorio: «Les notions de ville rentière ou de ville de consommation, bien que moins péjoratives que celle de cité parasite, me paraissent occulter le rôle organisateur de la ville par la passivité qu'elles impliquent. Certes la ville vivait de la rente foncière, mais comme le montre l'organisation de la campagne révélée par l'archéologie rurale et les études de terrain, dans une relation active avec celle-ci» (1983, p. 279). ¿En qué consiste esta relación activa y cómo organiza la ciudad al campo? Para poder apreciar ambas cosas, Leveau propone la sustitución del concepto de 'ciudad de consumo' por el de 'ciudad política'. Y con este término se liga la estructura del territorio a la estructura de la sociedad a partir de la siguiente explicación: son los propietarios territoriales, habitantes de la ciudad, componentes de la aristocracia, quienes organizan el territorio de la ciudad y la producción agrícola: «C'est plutôt l'aristocratie municipale qui, enrichie par des activités qui restent à élucider, organise la campagne dans un rayon déterminé autour de la ville» (1985, p. 23). Esta organización del territorio puede ser apreciada perfectamente en los elementos del paisaje agrario, y sobre todo en las *villae*: «Le réseau des villae définit géométriquement l'aire d'influence de la ville antique à un moment de son histoire» (1983, p. 924). Pero no es únicamente de la economía agrícola de donde extraen sus ingresos las aristocracias urbanas. Leveau pone su acento en el importante papel que ellas juegan en las actividades no agrícolas: comercio y manufactura<sup>20</sup>. Todo ello permitirá el mantenimiento de su status como clase social dirigente. El destacado papel de estas aristocracias en la producción agrícola y el comercio, con todo lo que conlleva —organización del territorio...— no puede, a juicio de Leveau, ser apreciado a través del concepto de 'ciudad de consumo': «Ce concept me paraît conduire à oublier le rôle positif de la ville antique et des élites urbaines» (1985, p. 28).

Con la formulación que hemos visto, Leveau nos ofrece una perspectiva más compleja a la hora de abordar el estudio de la ciudad antigua y de la relación que ésta mantiene con su territorio. Me interesa destacar aquí dos elementos de dicha formulación. Por un lado, el cambio que supone mostrar que son los grupos sociales los que organizan el territorio. Aunque Leveau, en mi opinión, hace excesivo hincapié en el papel de la aristocracia y muy poco en la naturaleza o forma de ser de la sociedad como conjunto. Incluso parece que el simple hecho del asentamiento

<sup>20</sup> «Je pense qu'il n'était bon de ressusciter le concept de 'ville de consommation' ...il ne me paraît pas rendre compte du rôle capital des aristocraties urbaines dans l'organisation de la production agricole ni dans celle du commerce. Dans leurs dépenses évergétiques, les notables municipaux n'utilisaient pas seulement les profits de la terre, ils disposaient aussi de sommes gagnés dans leur participation aux échanges commerciaux. Oui, donc, à la 'ville politique', non à la 'ville de consommation'» (1983, p. 281).

Con el término 'ciudad política', Leveau se refiere también a la razón que preside, por ejemplo, la creación de Cesarea de Mauritania, «mais cela aurait pu être presque n'importe quelle autre ville romaine» (1985, pp. 23 s.), que surge de la 'voluntad política' del rey Juba II. Esta apreciación de Leveau lleva implícita dos cuestiones. Por un lado, está destinada a rechazar la idea de que la creación de muchas ciudades se debe a simples razones económicas: «Caesarea doit donc être comprise par rap-

port à l'événement politique et culturel qu'est la romanisation de la Méditerranée. Sa construction est le résultat d'une volonté politique (rendre hommage au maître de Rome, bien fauteur de la dynastie nouvelle)... Son insertion dans le cadre africain doit être perçue en fonction de ce fait majeur qu'est la pénétration romaine. A cet égard elle est la vitrine de Rome en Maurétanie» (1982, p. 81 s.).

Por otro lado, Leveau pone a Cesarea como uno de los ejemplos de ciudad cuya fundación no ha sido fruto del desarrollo económico del campo: «Mais l'Antiquité fournit des exemples d'un autre processus de développement urbain, celui où le rôle premier dans le développement économique rural est joué par la ville qui impose à la campagne une organisation permettant d'en drainer les ressources. Dans ce cas, la ville n'est pas le résultat de l'essor des campagnes, mais le fruit de la volonté politique d'un souverain». (1982, p. 77).

de estas aristocracias le otorgara a la ciudad su papel director sobre el campo: «À l'époque romaine, la ville joue un rôle économique essentiel, mais plus comme un lieu de résidence, de direction et d'organisation que comme un lieu de production. Peu importe que la production ou l'échange se fasse à la campagne du moment qui sont les aristocraties qui le contrôlent» (1985, p. 29).

En segundo lugar, Leveau pone todo su empeño en restar importancia a la base agrícola de la economía antigua, destacando las actividades comerciales y manufactureras; empeño destinado a hacer olvidar la vieja concepción de la ciudad antigua viviendo a expensas del campo.

Pero volveré más adelante a la propuesta de Leveau. Aquí únicamente me interesaba poner de manifiesto su aportación a la polémica sobre la 'ciudad de consumo' de Weber.

Si seguimos analizando esa polémica, nos encontramos con el polo opuesto de Leveau: Ch. Goudineau, que considera satisfactorio el concepto de Weber.

Goudineau, al contrario que Leveau, no ve en la 'ciudad de consumo' nada que pueda hacer pensar en una especie de parasitismo urbano<sup>21</sup>. Tampoco cree que el concepto de Weber niegue una relación activa ciudad-campo: «Personne n'a jamais contesté — parmi les tenants de la 'ville de consommation' — l'existence d'une 'relation active' villes/campagnes» (1983, p. 285). Existe una 'relación activa' entre ciudad y campo, pero Goudineau no indica, como hemos visto que hacía parcialmente Leveau, en qué consiste tal relación. La explicación de Goudineau sobre la ciudad antigua no nos ofrece nada nuevo y sólo nos lleva a concluir que las rentas territoriales conformaban la parte fundamental de la economía urbana. Por supuesto, Goudineau sostiene que la 'ciudad de consumo' no implica la existencia de una economía de consumo por oposición a una economía de mercado: «La notion de 'ville de consommation' ne renvoie pas la société gallo-romaine au néolithique, elle n'implique pas non plus une rigoureuse autarchie. Qu'une partie de la paysannerie ait participé à l'économie de marché ... cela ne change toujours rien» (1983, p. 286). El concepto de 'ciudad de consumo' permanece inalterable porque también incluye la existencia de comerciantes y artesanos, pero su papel sólo es importante en la medida en que los ingresos obtenidos en tales actividades se invierten en la tierra<sup>22</sup>: «La ville ne vit pas de commerce. Il peut agrandir, dans une faible mesure, une population urbaine: la ville le provoque mais ne dépend pas de lui pour son existence et pour son entretien. Ce qu'il peut faire pour elle, c'est créer un nombre limité de nouveaux notables qui, investissant dans la terre les fonds qu'ils ont gagnés, en retirent des rentes qu'ils dépensent en son sein» (1983, p. 286).

Por todo ello, Goudineau aprueba la aplicación del concepto de Weber a la ciudad antigua y opina que si se le restituye a su pureza original «il demeure solide comme un roc» (1983, p.

<sup>21</sup> Y es precisamente a Leveau a quien reprocha esta perspectiva de asimilar 'ciudad de consumo' a 'ciudad parásita': «Ph. Leveau, comme d'autres sans doute, lui raproche (a la 'ciudad de consumo') au fond de susciter dans l'imagination des images détestables: celles de citadins repus et allongés sur leur lit de repos (comme les centurions d'Axerix). Personne n'a jamais voulu suggérer quoi que ce soit semblable» (1983, p. 285).

<sup>22</sup> La visión que nos ofrece Goudineau sobre la ciudad antigua viviendo a expensas del campo es aceptada también por J. Andreau siempre que no se haga una separación drástica — como de hecho hace Goudineau — entre comercio y agricultura y se hable en términos de comercialización de la producción agrícola: «La fonction de

direction et d'animation que remplissait la ville antique, notamment dans le domaine monétaire et financier n'est certes pas en soi incompatible avec l'idée d'une ville «parasite», qui vivait «du prélèvement infligé au monde rural» et l'utiliserait exclusivement à son profit. Mais si l'on adopte une démarche moins statique, et si l'on cesse d'opposer le commerce à l'agriculture pour raisonner en termes de commercialisation de la production agricole, on se rend compte que cette fonction de direction de la ville a provoqué, à l'époque romaine, un considérable enrichissement des campagnes et un net accroissement de la production agricole (entrecorollado en el original)» (1985, p. 189).

287). Pero ¿Cuál es su pureza original? Goudineau no es demasiado explícito al respecto. Su explicación está destinada a dar un valor positivo a la situación rentista de la ciudad antigua que se desprende del concepto de 'ciudad de consumo' de Weber. La ciudad vive de la renta territorial pero esto no debe interpretarse negativamente. Esta renta territorial es, para Goudineau, la base de la estabilidad de la ciudad antigua<sup>23</sup>. Fuera de esto, Goudineau no parece plantearse ningún problema más. La relación ciudad-campo, queda, con ello, excesivamente simplificada y ceñida a una relación económica.

H. Bruhns es, quizás, el que realiza un estudio más amplio sobre la 'ciudad de consumo' y en general sobre los tipos ideales de Weber. Su interés se centra, en primer lugar, en rechazar una simplificación excesiva de la 'ciudad de consumo' porque puede hacer olvidar que la ciudad antigua tenía otras funciones además de la 'función consumidora'. También opina, en la misma línea que Goudineau, que se debe abandonar la idea de una ciudad antigua llena de consumidores perezosos e inactivos. Ambas cosas conducirían a la identificación de 'ciudad de consumo' con una oposición ciudad-campo, que Bruhns descarta de inmediato. Y, para ello, extrae de la obra de Weber una expresión que le parece más significativa que el concepto de 'ciudad de consumo', para designar a la ciudad antigua. Me refiero a «ville dont la politique est déterminée par des intérêts de consommateurs». El hecho de que la política urbana «est déterminée en premier lieu par des intérêts de consommateurs et non par des intérêts de producteurs ... ne se confond ... pas avec une opposition entre ville et campagne. Au contraire, les intérêts de consommateurs peuvent justement être représentés par les paysans» (1985, p. 265).

La causa de que la política urbana estuviera determinada por los intereses de los consumidores estriba en el hecho de que la ciudad antigua estaba orientada a fines políticos y militares, a diferencia de la ciudad medieval cuya orientación era económica. Por tanto, los intereses de los productores determinaban su política: «Depuis la création de l'armée hoplitique, la ville antique était une corporation de guerriers. Et pour Weber, il n'était pas pensable qu'un tel demos s'oriente vers l'activité productrice pacifique et l'entreprise économique rationnelle» (1985, p. 268). Detengámonos por un momento en esta cuestión. En primer lugar, esta orientación política y militar se refiere a la polis griega. En otro lugar, el propio Bruhns nos dice que Weber hace una salvedad en lo que respecta a las ciudades helenísticas y romanas, cuyos intereses son, por el contrario, económicos. Entonces, su política urbana ¿estaba determinada por los intereses de los productores o de los consumidores?, ¿se orientaban las ciudades helenísticas y romanas a la 'entreprise économique rationnelle'?

Vemos que no carece de problemas intentar precisar la orientación de las ciudades antiguas, como también es fuertemente problemático establecer el grado de racionalidad de las empresas económicas. ¿Se puede, entonces, definir un tipo ideal de ciudad antigua? Según Bruhns, la construcción de un tipo ideal sólo es la forma de resaltar ciertos rasgos que caracterizan a una época<sup>24</sup>. Por ello, se adhiere a la idea de Weber de que «la ville antique idéaltypique est une

<sup>23</sup> Goudineau lo expresa de la siguiente forma: «En fait, non seulement la «situation rentière» de la ville antique n'a pas eu les «conséquences catastrophiques qu'on pouvait craindre» (qui le craignait?) mais c'est elle qui a constitué les bases de la (relative) stabilité que l'on se plaît aujourd'hui à reconnaître (entrecorollado en el original)» (1983, p. 284).

<sup>24</sup> La opinión de Bruhns sobre los tipos ideales es sensiblemente diferente, como veremos más adelante, a la de Finley: «Je voudrais ... insister sur le fait que pour

Weber la notion d'une ville antique idéaltypique dans le sens d'une notion qui ferait apparaître l'essentiel ou la spécificité de la ville antique, depuis de la ville coloniale grecque jusqu'aux villes romaines du bas-empire, une telle notion, un tel type n'aurait pas de sens à cause de la trop grande richesse et de la diversité de la réalité historique. Le choix de l'idéaltype est en fonction de la problématique qu'il est appelé à élucider. C'est l'intérêt concret de l'historien et du sociologue qui justifie la «construction» d'un idéaltype comme instrument heurís-

ville dont la politique économique urbaine est dominée par des intérêts de consommateurs» (1985, p. 269). Este es el rasgo dominante, según Bruhns, de la ciudad antigua y, a partir de él, se puede «prendre en consideration à la fois la situation économique, les rapports de force politiques et la complexité des rapports entre ville et campagne» (1985, p. 269). Pero Bruhns no nos explica cuáles son los intereses de esos consumidores, de qué forma determinan la política urbana o cómo se puede explicar a partir de ellos esa complejidad de relaciones entre ciudad y campo, ni qué son éstos.

Y por último, queda mostrar la argumentación de Finley sobre la 'ciudad de consumo', cuya polémica se debe, en gran parte, a la publicación de su artículo «The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and Beyond».

Como he esbozado en la introducción, la insatisfacción que siente Finley le hace desear una teoría global sobre la ciudad antigua, en la que, con agrado, recoge de Weber la idea de los tipos ideales. El tipo ideal que Finley busca estaría conformado por un factor específico y definitorio, un denominador común que caracterizase a todas las ciudades greco-romanas y cuyo elemento básico sería «The closely interlocked town-country unit» (1977, p. 325).

¿Podría la 'ciudad de consumo' representar este tipo ideal? Para saber si las ciudades antiguas fueron, como afirmaba Weber, centros de consumo, Finley plantea varias cuestiones. Todas ellas están centradas en determinar la procedencia de la riqueza urbana: «The issue implicit in the notion of a consumer-city is whether and how far the economy and the power relations within the town rested on wealth generated by rents and taxes flowing to, and circulating among, town-dwellers» (1977, p. 326). Y para Finley no se anula la 'ciudad de consumo' demostrando la existencia de artesanos y comerciantes<sup>25</sup>. El punto principal radica en saber si las actividades manufactureras y comerciales tuvieron o no un desarrollo independiente dentro de la producción urbana<sup>26</sup>: «The question is whether or not urban manufacture and trade *generated* (cursiva en el original) we alth in the ancient world to any significant extent or whether they merely took a share of the consumption fund created by the agrarian and mining sectors» (1985, p. 195). Dar solución a estas cuestiones implicaría, para Finley, la consideración o no de la ciudad antigua como 'ciudad de consumo'.

Si se da el caso de que las ciudades antiguas eran 'ciudades de consumo'<sup>27</sup>, Finley nos dice que «the next step in the inquiry is to examine the variations of (or from) the idealtype, to establish a typology of ancient towns» (1977, p. 326). Incluir, si puede hacerse, a cada ciudad en un tipo específico ayudaría a dar respuesta a la gran pregunta que se hace Finley con respecto a la relación ciudad-campo: «how did the cities pay for what they drew from the country?» (1985,

tique qui accentue artificiellement certains traits d'une époque ou d'une individualité historique (entrecorillado en el original)» (1985, p. 268).

<sup>25</sup> Y así lo manifiesta de forma explícita poniendo como ejemplo el caso de Roma: «Even the quintessential consumer-city, Rome, required innumerable craftsmen and shopkeepers for intraurban production and circulation. In so far as were engaged in «petty commodity production», the production by independent craftsmen of goods retailed for local consumption, they do not invalidate the notion of consumer city (entrecorillado en el original)» (1977, p. 326).

<sup>26</sup> Finley deja muy clara su opinión sobre la producción urbana: en la Antigüedad no hubo producción artesanal independiente organizada en gremios: «There were

no gilds in Antiquity ... if there were no gilds there were *a fortiori* no Gildhalls, no Cloth Halls, and further no Bourses, no Exchanges», (1985, p. 195).

<sup>27</sup> Finley, al igual que Goudineau y Bruhns, trata de hacer desaparecer la identificación de 'ciudad de consumo' y 'ciudad parásita': «Present-day overtones of the word «consumer» should not be allowed to intrude and mislead. No one is suggesting that the urban lower classes were a host of beggars and pensioner, though it has become a favourite scholarly pastime to «disprove» that contention for the city of Rome; though, too, the extent of beggary, unemployment and famine is not to be underestimated (entrecorillado en el original)» (1977, p. 326).

p. 125). La cuestión de la ciudad y el campo queda reducida, con esta pregunta, a una simple relación económica, de intercambio de productos entre ambos. Entonces, ¿a qué se refiere Finley cuando dice que el elemento básico de la ciudad antigua es la unidad de ciudad y campo? A mi modo de ver, esta unión de ciudad y campo es tratada por Finley, únicamente, bajo la óptica de un análisis puramente económico. Ciudad y campo se convierten, para Finley, en *producción urbana* y *producción rural*, respectivamente. La suma de ambas proporciona a la ciudad la base de su riqueza y con ella la posibilidad de mantenerse y de pagar las importaciones de los artículos que necesita<sup>28</sup>. Para poder cuantificar todo esto, Finley necesita las variables de que habla cuando se refiere al tipo ideal: la extensión del territorio agrícola, tamaño y población de la ciudad, el acceso a las vías fluviales, la autosuficiencia en fincas extensas, la paz o la guerra... La presencia, en mayor o menor medida, de estas variables aumentaría o disminuiría la posibilidad de una creación de riqueza dentro de la ciudad<sup>29</sup>.

En resumen, Finley necesita un tipo ideal, un rasgo común que defina a las ciudades greco-romanas. No descarta la posibilidad de que la 'ciudad de consumo' pueda representar este tipo ideal. Los interrogantes que plantea el concepto de Weber no le permiten afirmar que todas las ciudades antiguas eran ciudades de consumo, pero tampoco negarlo. También es cierto que Finley no posee una mejor alternativa al tipo ideal de 'ciudad de consumo' que pueda abarcar las ciudades greco-romanas.

Si pudiera encontrarse un tipo ideal, sea 'ciudad de consumo' o cualquier otro, se observarían las características propias de cada ciudad, y dependiendo de las variables que Finley enumera, se establecería una tipología, incluyendo a cada una de las ciudades antiguas en un tipo determinado. El esquema así planteado, podría resultar un tanto inútil. Y ello es así por una razón. Casi se puede establecer un tipo por ciudad, o lo que es lo mismo, cada ciudad podría conformar un tipo. Dos ciudades aparentemente iguales (con un territorio similar, forma de obtener sus recursos —excluyendo importaciones— similar...), entrarían en tipologías distintas por el único hecho, tomemos por caso, de que una de ellas tenga acceso a un río. Además, ¿se explica el funcionamiento de las ciudades antiguas con su inclusión en un tipo u otro? Creo firmemente que no. En mi opinión, con el establecimiento de tipologías, se puede correr el riesgo de reducir las ciudades antiguas a las 'ciudades individuales' de las que intenta huir Finley.

De todas formas, lo único que Finley deja claramente establecido es que, para él, la ciudad greco-romana es una categoría específica y perfectamente diferenciada de la ciudad oriental y medieval: «Unless and until the kind of concrete investigation I have suggested demonstrates that, allowing for exceptions, Graeco-Roman towns did not all have common factors of sufficient weight to warrant both their inclusion in a single category and their differentiation from both the oriental and the medieval town, I hold it to be methodologically correct to retain the ancient city as a type» (1977, p. 327). A mi modo de ver, el empeño de Finley en perseguir tipologías,

<sup>28</sup> Esto es lo que puede deducirse de la siguiente afirmación: «Essentially the ability of ancient cities to pay for their food, metals and other necessities rested on four variables: the amount of local agricultural production, that is, of the produce of the city's own rural area; the presence or absence of special resources, silver, above all, but also other metals or particularly desirable wines or oil-bearing plants; the invisible exports of trade and tourism; and fourth, the income from land ownership and empire, rents, taxes, tribute, gifts from clients and subjects» (1985, p. 139).

<sup>29</sup> Esta unión económica se completa con una unión político-administrativa a la que Finley presta escasa atención y trata de una manera marginal: «What is more important for our purposes, the traditional unity of town and hinterland —political, juridical and residential— went on unchallenged. Both Hellenistic and Roman emperors, for example, acknowledged that the hinterland was an integral part of the city for tax purposes» (1977, p. 307).

le hizo prisionero de los tipos ideales de influencia weberiana y quizás esto le haya hecho olvidar que el desarrollo histórico de las ciudades griegas y romanas, particularmente las del Imperio, es completamente diferente. Mientras las ciudades griegas no lograron superar el estrecho marco de la ciudad-estado, Roma se extendió y con sus ciudades consiguió la formación de un gran Imperio. Creo, por tanto, que resultaría muy difícil de definir un tipo ideal único para la Antigüedad greco-romana.

¿Qué ha pasado con la 'ciudad de consumo' de Weber? Hemos visto, a través de los ejemplos citados, que no parece haber acuerdo alguno sobre el significado de tal concepto. ¿Es la 'ciudad de consumo' sinónimo de ciudad de rentistas, ciudad parásita o ciudad cuya política está determinada por los intereses de los consumidores? Un concepto que parece tan moldeable, difícilmente puede ser aplicado al problema de la relación ciudad-campo. Quizás debiera haberse tenido más en cuenta el contexto en que Weber lo había insertado. *Este contexto era, en definitiva, el de buscar una explicación a las condiciones que impidieron el desarrollo del capitalismo en la Antigüedad.* Y si, como nos dice Bruhns cuando habla de los tipos ideales «le choix de l'idéaltype est en fonction de la problématique qu'il est appelé à élucider» (1985, p. 286), no creo que debamos de tratar de explicar el funcionamiento de las ciudades antiguas con un concepto que sólo parece tener sentido en la problemática que Weber quería resolver. Además, pienso que las opiniones de Weber sobre la ciudad antigua<sup>30</sup> son lo suficientemente densas y complejas para circunscribirlas a un único concepto como ha sucedido con la 'ciudad de consumo'.

Por otra parte, todos los problemas que ha entrañado la definición y explicación de la 'ciudad de consumo' en relación al papel económico de sus habitantes —rentistas, comerciantes, artesanos...—, ha llevado a cuestionarse el origen de las riquezas gastadas en la ciudad<sup>31</sup> o qué contrapartida ofrecía la ciudad por lo que tomaba del campo<sup>32</sup>. El resultado no ha sido en absoluto satisfactorio. Leveau intenta mostrar que las rentas agrícolas son importantes, pero da un gran valor al comercio y a la manufactura. Finley y Goudineau, sin negar estos aportes no agrícolas, se inclinan más a potenciar la riqueza extraída de la tierra. Bruhns es más ambiguo al respecto y sólo nos dice que «la politique économique urbaine est dominé par des intérêts de consommateurs» (1985, p. 286). Determinar si los habitantes de la ciudad obtenían sus rentas de la tierra, del comercio o de ambos a la vez ¿nos da la clave para saber cuál es la relación ciudad-

<sup>30</sup> Opiniones sobre la ciudad antigua que, evidentemente, van unidas a sus opiniones sobre el campo, porque, como bien dice L. Capogrossi: «Anche per Weber, se si decifra l'ordito così complesso del saggio sugli *Agrarverhältnisse*, la storia della società arcaica e del loro sviluppo verso le forme più evolute del mondo antico passa attraverso le relazioni instaurate dai ceti cittadini (di volta in volta l'aristocrazia militare o la società politica) con la terra agraria, con la campagna» (1987, p. 360).

<sup>31</sup> Sobre este tema gira el coloquio celebrado en Aix-en-Provence en 1984 en donde muchos de los participantes tratan de demostrar que las rentas de la ciudad antigua no sólo provienen de la tierra, en un intento de refutar la noción de 'ciudad de consumo' de Weber cuando por tal se entiende, como Leveau, ciudad de rentistas agrarios. Así, por ejemplo, J.-P. Morel afirma: «Dire que les Romains n'ont pas connu l'industrie des XIX-XX siècles est une chose, assez tautologique pour aller de soi; nier qu'ils aient su tirer de la manufacture des reve-

nus appréciables, une partie significative des «richesses dépensées dans les villes», en est une autre, que je ne suis pas prêt à admettre facilement (entrecomillado en el original)» (1985, p. 102). J. Andreau, por su parte, aporta la siguiente reflexión: «L'argent dépensé dans la ville était donc gagné dans des activités tant urbaines que rurales. L'argent gagné par les manieurs d'argent en profits financiers provenait lui-même de ventes agricoles *aussi bien que* du commerce et de la fabrication. Peut on être plus précis? (el subrayado es mío)» (1985, p. 190).

<sup>32</sup> Hemos visto que ésta era una de las preguntas esenciales que se hacía Finley. Pero no es el único. G. Picard sigue la misma línea: «Il s'agit de savoir si ceux qui la cultivaient (la tierra) effectivement étaient spoliés entièrement du fruit de leur travail, à la exception du strict minimum vital, s'ils conservaient à leur bénéfice une part plus ou moins importante de ce fruit, ou s'ils recevaient de la société des avantages plus ou moins substantiels en échange de la part qu'ils abandonnaient» (1975, p. 98).

campo? Y todavía más. Hasta ahora, la expresión 'relación ciudad-campo' ha aparecido en multitud de ocasiones. Pero ¿alguien ha sido capaz de definirla? Creo que, en primer lugar, la pregunta que debemos hacernos con respecto a este tema no es *cuál* es la relación ciudad-campo sino *qué* es la relación ciudad-campo. Volveré más tarde a plantear la misma pregunta porque todavía debo hacer una última revisión.

#### IV. LA INVESTIGACIÓN MAS RECIENTE

Volveremos en este punto a los planteamientos de Leveau que habían quedado esbozados al hablar de la polémica sobre la 'ciudad de consumo'. Pasaré revista, también, a una corriente de investigación que en los últimos años ha alcanzado un gran auge, sobre todo en Francia, y que se centra en los estudios de catastros y organización del espacio<sup>33</sup>.

Habíamos visto que Leveau dejaba establecido que son los grupos sociales los que organizan el territorio rural. Y al referirse a la organización del territorio de una ciudad romana, hacía especial hincapié en los propietarios territoriales, habitantes de la ciudad, que organizaban el campo y la producción agrícola. Esto aparecía plasmado, sobre todo, en el establecimiento de una red de *villae*<sup>34</sup> alrededor de la ciudad que definían el área de influencia de la misma. El territo-

<sup>33</sup> Dentro de los estudios recientes nos encontramos, también, a la investigación alemana actual. Esta corriente carece de unos presupuestos teóricos previos, lo que explica que la relación ciudad-campo sea presentada desde una perspectiva formalista. Ciudad y campo son mostrados por H. Galsterer y G. Alföldy como dos elementos entre los que se establecen unas relaciones jurídicas (legislación, carácter de la tierra...), económicas (intercambio de productos entre ambos), sociales (relaciones entre grupos sociales) o político-administrativas (poder de los magistrados...). Sin embargo, parece que Alföldy 1974, al principio de su artículo quiere expresar algo distinto cuando dice: «Die ... Grundlage war eine organisatorische Bindung der ländlichen Umgebung an die Stadt» (p. 50). Pero el alcance de esta frase no tiene consecuencias en el estudio posterior que hace de ciudad y campo, tomados como dos elementos relacionados desde el punto de vista formalista que he señalado.

Una visión igualmente formalista, aunque nada tiene que ver con la investigación alemana, es la de R. Chevallier, 1974. Este investigador nos presenta el esquema que, a su juicio, debe ser seguido para analizar la ciudad romana. En él deben ser tenidos en cuenta los siguientes elementos: la tipología urbana, las funciones económicas (comercialización de productos agrícolas, actividades artesanales e industriales ...), los problemas demográficos y sociológicos, la mentalidad urbana y su influencia sobre el territorio, la relación con el espacio económico rural (centuriaciones, vías, habitat), etc. Es, el de Chevallier, un esquema detallado, pero el planteamiento es el mismo: ciudad y campo, dos elementos puestos en relación.

<sup>34</sup> Recordemos, en palabras de Leveau, cómo la ciudad estructuraba al campo y ejercía su influencia a través de la red de *villae*: «La cartographie des *villae* exprime la polarisation de la vie rurale et permet de tracer les

limites de l'influence structurante de la ville que occupe le centre de cet espace géographique. Elle dessine autour de Caesarea un demi-cercle d'une quinzaine de kilomètres de rayon: au nord, du côté de la mer une zone archéologiquement définie par la présence régulière des *villae*; sur les marges une seconde zone définie par leur absence. À l'intérieur des espaces ainsi définis, des anomalies sont riches d'intérêt historique: dans la zone définie par la densité du réseau de *villae*, certains secteurs paraissent avoir constitué des enclaves du mode de vie traditionnel. La présence de quelques *villae* dans des secteurs éloignés de toutes villes traduit l'extrême influence des formes économiques du contrôle urbain sur la campagne à moins qu'il ne s'explique par leur imitation dans le cadre d'une véritable romanisation économique» (1982, pp. 86 s.). Un esquema como el que nos presenta Leveau ha sido contestado por M. Lassere con el argumento de que se refiere a un ejemplo muy concreto como es el caso de Cesarea de Mauritania: «Le schéma d'une cité exerçant directement une hégémonie sur les *villae* de son *ager* ne me paraît pas vérifié partout, en tous cas pas autour de Thysdrus, qui n'est pas une capitale provinciale comme Césarée, mais une simple métropole régionale aux fonctions uniquement économiques» (1982, p. 93).

¿Nos muestran estos dos ejemplos, como nos dice P. Troussset, «deus types de campagnes définies à partir de la nature et de l'intensité du rayonnement exercé par les centres urbains» (1982, p. 197)? ¿Hay diferentes tipos de 'relación ciudad-campo'? ¿No se puede correr el riesgo de establecer una relación ciudad-campo para cada ciudad romana? Veíamos que Finley intentaba huir de estudios de ciudades individuales que no eran explicativos y aún así corría el riesgo de caer en ellos con su formulación de tipo ideal. Creo que en este caso sucede lo mismo. ¿CÓ-

rio, así estructurado desde la ciudad, refleja la formación social que se ha implantado sobre él<sup>35</sup>. Es importante reseñar que Leveau liga la evolución de este esquema a la evolución de la sociedad diciendo que «c'est un phénomène historique et comme tel lié à un moment de l'évolution de la société romaine correspondant à la période qui va du II siècle av. J.-C. au III siècle ap. J.-C.» (1983b, p. 925).

En este marco se inscribe su investigación sobre el origen de las rentas de las aristocracias municipales que, al fin y al cabo, según Leveau, son las principales protagonistas de la organización del territorio. La valoración de estas rentas va más allá de un contexto puramente económico. Leveau las evalúa dentro de la reproducción de la aristocracia como clase social dirigente, con todo lo que esto conlleva: «On ne peut évaluer la signification d'une dépense si l'on ne sait que comme l'écrit Tacite, observateur aigü de la société romaine: 'celui qui brillait par ses richesses (*opes*) sa demeure (*domus*) et son train de vie (*paratus*) était grandi par sa reputation (*nomen*) et ses clientèles (*clientelas sic!*)'» (1985, p. 31).

La perspectiva de Leveau, extremando el papel de las aristocracias urbanas en la organización del territorio, parece contradecirse con la base teórica a la que el propio Leveau nos remite y que expresa de la siguiente forma: «La compréhension des formes de la richesse dans les sociétés antiques et des comportements qui lui sont liés, a tout à gagner dans l'utilisation de l'analyse que donne Louis Dumont du type de société qu'il appelle 'holiste' ... qu'il utilise pour désigner la totalité sociale. Cette compréhension est indispensable à l'étude d'une société comme la société romaine» (1985, pp. 30 s.). ¿A qué se refiere Leveau cuando habla de la totalidad social? Una explicación algo más extensa nos alejaría de una posible abstracción. No sabemos si Leveau, tras el análisis que realiza sobre la aristocracia urbana, propone que se haga lo mismo con el resto de los sectores de la sociedad romana. Si esto es así, su explicación sobre la relación ciudad-campo sería parcial e incompleta si se ciñe única y exclusivamente al papel que la aristocracia desempeña en la organización del campo, y esto es lo que sucede en realidad. ¿Es el análisis 'holista' sólo un deseo? Volveremos todavía sobre Leveau.

Veamos ahora la corriente de investigación que centra su estudio en los catastros y paisajes rurales antiguos.

Creo que debemos empezar por la definición de catastro que nos proporciona G. Chouquer, 1982: «Le cadastre, au sens plus général, peut être entendu comme la matérialisation sur le soil rural ou urbain des rapports sociaux et des conditions de la production. Dès lors toutes les régions du monde antique ont eu un cadastre, géométrique ou pas, indigène, grec ou romain, du moment qu'on accepte de considérer sous ce terme une organisation homogène dans sa morphologie et chronologiquement cohérente, des formes du parcellaire, du réseau vicinal et routier, du tissu de l'habitat» (1982, p. 848). Vemos, una vez más<sup>36</sup>, que la organización del territorio es el

mo funciona una comunidad con el territorio estructurado de una u otra forma? Todas estas cuestiones pueden dar cuenta del grado de confusión en que, en mi opinión, ha caído la 'relación ciudad-campo'.

<sup>35</sup> Para Leveau no existe una oposición entre la ciudad y el campo organizado de esta forma. Sólo puede darse una oposición cuando se produce un choque entre dos formaciones sociales diferentes: las que reflejan la ciudad y el campo romanizados y el campo no romanizado: «La véritable opposition n'est pas celle de la ville romaine délimitée par son rempart et ses nécropoles, et de la campagne définie par un réseau de *villae*, mais celle de

deux ensembles renvoyant à deux formations sociales différentes: la ville et la campagne romaines, la campagne non romaine négativement définie par l'absence de *villae*» (1983b, p. 931).

<sup>36</sup> Sobre esta corriente de investigación han tenido una gran influencia los planteamientos de Sereni como refleja directamente F. Favory en la siguiente afirmación: «Entre le module fondamental du champ et la limite de l'ager cultivé, se développent, selon les conditions historiques concrètes réalisées dans un espace déterminé, à une époque donnée —...—, des «structures intermédiaires» (E. Sereni) qui tendent à se projeter et à se matérialiser

reflejo de la sociedad que se implanta sobre él. ¿Qué relación mantiene con la ciudad? El papel que ocupa la ciudad en tal relación es nuevamente un papel hegemónico y director. A esto se añade su carácter centralizador, porque es el centro, físico o simbólico, del espacio donde se inserta. Este carácter centralizador se manifiesta en la organización de sus edificios públicos: «La caractéristique de la ville romaine par rapport à la grecque est l'importance des deux axes directeurs, le *decumanus maximus* et le *cardo maximus* ... Autour du point d'intersection de ces deux axes se développe une place, le *forum*, centre politique, religieux et commercial de la cité ... Dans cette organisation de l'espace, s'inscrit toute une symbolique de la cité nettement centrée et dont s'affirme ainsi le rôle centralisateur par rapport au territoire. Ce rôle est d'ailleurs parfois souligné par l'aboutissement sur le *forum* des plus grandes routes de la *civitas*» (Clavel-Lévêque 1971, pp. 104 s.). La relación de la ciudad, así concebida, con su territorio se produce a través de las estructuras agrarias. Un catastro «il règle en premier lieu le rapport ville-campagne en organisant de façon capillaire, par un réseau dense de *limites*, une constante liaison entre la ville et son territoire» (Chouquer 1982, pp. 859 s.). Además el catastro no es sólo el lazo de unión entre ciudad y campo, sino que también es el medio por el cual la ciudad —dada su posición hegemónica— ejerce su control sobre el espacio rural. El ejemplo de *Emerita Augusta*, en opinión de J. G. Gorges, es significativo a este respecto: «Le contrôle de la ville sur l'espace rural s'est donc effectué de deux façons: établissement d'un espace public à partir des abords de la colonie et du fleuve, mais qui devait tendre à se réduire; développement d'un espace agricole privé à partir de la périphérie du territoire, les grandes zones de mise en valeur, soumises à la centuriation étant séparées les unes des autres par des bandes de terrain non assigné (subseciva)» (1982, p. 103).

Plantaremos aquí varias cuestiones. Para ello volveré a la definición de catastro que nos proporciona Chouquer. Según ésta, un catastro puede ser entendido como la materialización sobre el suelo rural o *urbano* de las relaciones sociales y de las condiciones de producción. Suponemos que el suelo urbano se refiere al territorio del *oppidum* o a lo sumo también a su *continentia*. De acuerdo con ello, también ésta es el reflejo de la sociedad que se implanta sobre ella. ¿Por qué debe dársele una supremacía a la ciudad sobre el campo?. Si tratamos de entender las relaciones sociales y las condiciones de producción de la sociedad romana, materializadas en el territorio, ciudad y campo deberían de tener el mismo papel porque ambos reflejan una misma sociedad, que lo ha organizado todo. La relación ciudad-campo reflejaría, entonces, el entramado de las relaciones sociales, conflictos, etc., propios de la sociedad que ha originado ese catastro urbano-rural.

Por otra parte, esa posible hegemonía de la ciudad parece ponerse en entredicho si tenemos en cuenta la siguiente afirmación: «Dès sa mise en place, le cadastre est matérialisé sur le terrain par des bornes, des routes, des chemins d'accès aux parcelles, des fossées de drainage ou d'irrigation, des alignements de pierre: C'est dire qu'il organise la structure de l'espace régional, impose sa régularité, sa métrique et son orientation dominante au paysage agraire, distribue l'implantation des fermes et des villages *quand ce ne sont pas les villes qui subissent ses normes*

dans l'espace, comme celles du κλήρος grec, du *laterculus* de 50 *iugera* ou de la *centuria* de 200 *iugera*. Comme pour le champ, la structure de ces unités intermédiaires de la morphologie agraire se présente comme «organiquement, intrinsèquement orthogonale». Il importe ici de souligner deux tendances incontestables qui ressortissent à ce mouvement global de régularisation et de périodisation de l'espace social: l'articulation des structures inter-

mediaires comme le *kléros* et la *centuria* avec la structure du champ tant au plan de la forme que de la métrique; par ailleurs, le rapport dialectique qui se noue entre la régularisation orthogonale de la morphologie agraire et de la régularisation orthogonale de l'habitat rural et de l'urbanisme (entrecomillado en el original)» (1983, p. 79).

(el subrayado es mío)» (Favory 1980, p. 356). Con esto, el centro de gravedad parece llevarse al campo. Y no sólo eso. En muchas ocasiones, el empeño de buscar los límites, orientación y situación de determinados catastros para tratar de reconstruir la red catastral de la forma más exacta posible podría ocasionar un excesivo aumento de estudios locales sin llegar a incluirlos en una explicación global de los problemas históricos que presentan estas cuadrículas rurales. También se puede correr el riesgo de imprimir a la relación ciudad-campo una visión excesivamente arqueologista como consecuencia de un análisis puramente morfológico.

## V. BALANCE

Todo lo que hasta aquí hemos visto sobre la relación ciudad-campo<sup>37</sup>, sugiere una serie de cuestiones que plantearé a continuación.

<sup>37</sup> De la revisión hecha hasta aquí se notará en falta los investigadores que han defendido la idea de una oposición ciudad-campo. Trataré de hacer ahora un rápido repaso de sus planteamientos.

El primero que atrae nuestra atención con respecto a una oposición entre ciudad y campo es M. Rostovzeff. El ha sido, en su época, si no el primero, sí el de más relevancia a la hora de definirse claramente en cuanto a la relación ciudad-campo.

El esquema de oposición que presenta Rostovzeff, basado en la explotación que ejerce la ciudad sobre el campo, es suficientemente conocido, por lo que no me parece necesario tratarlo de nuevo. Sin embargo, recordaré al respecto algunas de sus frases más significativas: «La cultura permaneció reservada a las ciudades. Las comunidades rurales vivían en condiciones enteramente primitivas: no poseían escuelas, ni gimnasios, ni palestras, ni bibliotecas...» (1981, p. 104). «El Estado no se preocupaba para nada de las necesidades de los pueblos; las ciudades ya tenían bastante con proveerse a sí mismas de todas las comodidades posibles; no les sobraba dinero para atender a los pueblos y los habitantes de estos últimos eran, por su parte, demasiado pobres para poder mejorar sus condiciones de vida» (1981, p. 105). «La vida civilizada se concentraba, naturalmente, en las ciudades; todo aquel que abrigaba preocupaciones intelectuales y sentía, por tanto, la necesidad de comunicar con sus semejantes, vivía en la ciudad..., a sus ojos, el ... paganus era un ser inferior, semicivilizado o incivilizado» (1981, p. 387). Esta visión de unas ciudades preocupadas por su propio engrandecimiento y unos pueblos infinitamente pobres, es hoy difícilmente admisible. Rostovzeff ha llevado al extremo la conflictividad social de la que nos informan las fuentes antiguas y la ha transformado en una oposición de ciudades contra campos. Desde este punto de vista se podría pensar que oposición ciudad-campo ha existido a lo largo de toda la Historia. La Literatura nos da muestras de ello, unas veces idealizando la vida campesina, otras la ciudadana. Incluso hoy en día, a la luz de los modernos estudios que sobre ciudad y campo han realizado sociólogos, geógrafos, economistas o historiadores (H. Lefebvre, M. Castells, L. Munford, entre otros), la vida rural se re-

laciona de múltiples formas con la vida urbana, pero en las condiciones prácticas de la vida no hay equiparación campesino-habitante de ciudad y no creo que ello signifique que la ciudad explota al campo.

La explicación que da Rostovzeff a la crisis del siglo III a partir de la oposición ciudad-campo ha sido rechazada, en la actualidad, por la mayoría de los investigadores. Sin embargo, nos encontramos, en ocasiones, que no se admite este esquema de oposición para unas determinadas zonas del Imperio mientras que en otras se acepta la existencia de un fuerte contraste entre ciudad y campo de la manera que nos presenta Rostovzeff. Es el caso de J. Kolendo y T. Kotula que nos describen de la siguiente forma las ciudades africanas: «Le grand nombre de villes africaines de petite superficie entraîne des conséquences économiques et sociales importantes pour la vie de ce pays. Les différences entre les centres et les périphéries dans les limites des territoires des *civitates* n'étaient pas aussi fortement esquissées que dans les autres régions de l'Empire. Une partie notable de la population qui vivait de l'agriculture et qui même travaillait directement la terre pouvait habiter dans les villes. La population non citadine avait, par la force des choses, un accès plus facile qu'ailleurs à la civilisation urbaine» (1977, p. 176). Esta afirmación equivale a decir que en otras zonas del Imperio la diferencia entre la ciudad y el campo era considerable y que el campesino tenía dificultades de acceso a las ventajas del modo de vida urbano. La similitud con los postulados de Rostovzeff es evidente en este sentido. En otras ocasiones el rechazo a la oposición ciudad-campo de Rostovzeff como desencadenante de la crisis, es claro y contundente: «La existence, dans le réseau des villes africaines, de ces petits centres mixtes (se refiere al centro de Baraus - Túnez) à caractère urbain par leur aspect monumental, mais à substance rurale par leur population dispersée, serait de nature à dédramatiser quelque peu la coupure entre ville et campagne, présentée depuis les travaux de Rostovzeff comme à l'origine des grandes crises africaines» (Trousset 1977, p. 206). Pero, en realidad, lo que acapara la atención de la crítica no es esta oposición ciudad-campo, sino la burguesía capitalista que el investigador ruso ha colocado en el Mundo Romano; así lo

En primer lugar, todavía carecemos de una definición de *qué* es la relación ciudad-campo. Se ha dado por supuesto que la ciudad se relaciona con su territorio y lo que se ha hecho es establecer diferentes relaciones entre ambos. Por un lado, nos encontramos con la relación dialéctica que, según Sereni, se establece entre el conjunto de estructuras de la relación ciudad-campo. Hemos visto, también, la relación activa que mantenía la ciudad con su territorio en el planteamiento de Leveau. El campo era organizado desde la ciudad por la aristocracia. Asimismo, la investigación centrada en los estudios de catastros nos aproximaba a una relación ciudad-campo por medio de las estructuras agrarias. Y ya, con una perspectiva diferente, a partir de análisis puramente económicos<sup>38</sup>, se nos presentaban, por un lado, Goudineau, a quien no parecía preocupar mayormente que la ciudad viviera de la renta territorial, y por otro lado Finley quien, con un argumento más complejo que el anterior, se planteaba la pregunta '¿cómo pagaba la ciudad lo que tomaba del campo?'. Pregunta que se incluía dentro de una formulación más extensa sobre tipos ideales. Tampoco podemos olvidarnos de los esquemas de oposición que se han planteado desde los trabajos de Rostovzeff y que llevan a pensar en ciudades parasitarias, explotadoras del campo.

Las relaciones que se han establecido entre ciudad y campo son, como vemos, diferentes y variadas. Pero esta diversidad tiene su punto en común en el planteamiento de base —erróneo en mi opinión— que se ha seguido a la hora de abordar el estudio de la ciudad y el campo. Ambos han sido tratados siempre como elementos separados. Esta separación no debe ser entendida en términos de oposición necesariamente. Pero no podemos negar, ante lo que hemos visto, que la ciudad y el campo se han considerado siempre como dos entidades diferentes que pueden ser —y así se ha hecho— relacionadas.

Asimismo, hemos podido apreciar que la ciudad está tratada desde una perspectiva hegemónica, directora, como si fuera un elemento autónomo que se inserta en el espacio rural y lo orde-

expresa Leveau: «Actuellement, la principale critique que les historiens, marxistes ou non marxistes, adressent à M. Rostovzeff est d'avoir cru au développement d'une classe montante de commerçants et d'industriels dont l'essor s'identifiait à celui des villes. Longtemps dominante, une telle conception de la société et de l'économie romaine est maintenant de moins en moins admise» (1983, p. 277).

A pesar de todo, la oposición ciudad-campo de Rostovzeff no ha sido olvidada totalmente. En ocasiones alguno de sus presupuestos es aceptado, aunque no con pleno convencimiento. E. Frézouls lo manifiesta de la siguiente forma: «On peut sans doute hésiter devant certaines interprétations du savant russe, mais il faut assurément admettre que l'essor urbain aux I et II siècles s'est fait aux dépens de la campagne, et il n'est pas téméraire de supposer que la gigantesque transfert de substance économique qui s'est opéré a été de quelque manière ressenti par ses victimes» (1970, p. 43). Pero lo que resulta más llamativo es que la oposición ciudad-campo de Rostovzeff sigue siendo utilizada en una corriente de pensamiento marxista diametralmente opuesta a la suya. E. Ch. Welskopff (1977, pp. 153 s.) es ejemplo característico. Los argumentos presentados por esta investigadora son más endebles que los de Rostovzeff, como podemos observar en su teoría sobre el 'tiempo urbano'. Este 'tiempo urbano', al ser independiente de los ritmos

biológicos y de las estaciones, permite un trabajo continuo que conduce a una dominación económica y política de la ciudad sobre el campo. El resultado de esta dominación será la ruina del campo, que acabará por tomar la revancha, destruyendo las ciudades a la hora de la crisis.

<sup>38</sup> La idea de reducir la relación ciudad-campo a una simple relación económica está bastante extendida en la bibliografía. Ejemplos muy claros podemos verlos a continuación. J. P. Bost nos habla de la penetración de la ciudad en el campo únicamente a través de intercambios comerciales: «Si la ville attire les ruraux c'est qu'elle a donc pénétré la campagne. Cela est vrai dès l'époque augustéenne; ce sont alors des besoins nouveaux qu'elle y répand, dont les découvertes archéologiques révèlent l'importance: la consommation de vin, par exemple, ou encore celle de céramique sigillée. La circulation monétaire montre des circuits convenablement approvisionnés, où les frappes indigènes démonétisées sont remplacées par les deniers romains...» (1982, p. 66). Asimismo, A. Ferdière, a partir de los estudios de cerámica, trata de deducir el grado de influencia que puede ejercer un centro urbano: «Au Haut-Empire, mais encore de façon très nette au Bas-Empire, c'est donc la ville (et ses satellites) qui contrôle l'essentiel non seulement du marché mais de la production même de la céramique d'usage courant» (1982, p. 99).

na y estructura. Y cuando el campo alcanza el centro de atención y deja de ser únicamente el lugar donde se cosechan los productos que se consumen en la ciudad, entonces, sucede lo contrario. Parece obedecer a una lógica propia. El abismo que se ha establecido entre ciudad y campo, es evidente. Y se ha querido salvar esa separación intentando buscar un lazo de unión entre ambos elementos y así, la relación ciudad-campo se ha desmembrado en múltiples dimensiones: política, económica, jurídica, social...

En este contexto, todo tipo de relación que se establezca entre la ciudad y su territorio será, hasta cierto punto, viable: parasitismo, simbiosis, relación dialéctica, relación activa... Según sea la relación que se predique, la ciudad y el campo —como polos separados— se convertirán en elementos moldeables, adaptables al calificativo que se les quiera imponer.

Por otra parte, quisiera volver nuevamente a las formulaciones de Leveau y de la corriente de investigación centrada en los catastros. Considero que ambas propuestas nos ofrecen, al menos en teoría, un enfoque más complejo del tema, sobrepasando lo puramente formal, al dirigir su atención hacia la formación social que se establece sobre un territorio. Sin embargo, indirectamente destruyen la relación que intentan establecer. Si la sociedad es la que estructura el territorio y éste nos remite a la formación social implantada sobre él, entonces, la ciudad debe ser considerada, lo mismo que el campo, como parte integrante de esa estructuración porque reflejará la naturaleza de esa misma sociedad<sup>39</sup>.

¿Dónde queda, pues, la denominada 'relación ciudad-campo'? Y además, ¿qué se ha intentado explicar con tal relación? En realidad, en la mayoría de las ocasiones parece haberse convertido en un tema independiente que pudiera ser explicado por y desde sí mismo. Creo que se ha olvidado el fin último que debe tener el estudio de la ciudad y el campo, que no es otro que su inclusión en otro estudio más importante: el de explicar el funcionamiento de las comunidades romanas (*civitates*) como base del desarrollo histórico del Imperio Romano. No es nada nuevo decir que el Imperio Romano estaba constituido por multitud de células denominadas *civitates* que, efectivamente, debían poseer un núcleo urbano y un *ager*, como la base física donde debía asentarse la comunidad<sup>40</sup>. Entender cómo estaban conformadas estas *civitates*, su funcionamiento, desarrollo y fallos, nos daría la clave para entender la evolución del propio Imperio. Hay datos suficientes para pensar que estas *civitates* estaban concebidas de la misma forma. Las *Leges Datae*, leyes fundacionales que contienen las normas para el funcionamiento de una comunidad, dada la similitud de sus disposiciones, podrían haber seguido un mismo modelo. Asimismo, los agrimensores nos describen todo lo concerniente a las tierras —categorías de las mismas, formas de propiedad y posesión...— asignadas a una comunidad, y no puede decirse que su información sea esquemática y general. Encontramos detalles muy puntuales que parecen estar destinados a buscar un equilibrio en el interior de cada comunidad y eliminar toda posible controversia

<sup>39</sup> Y. Thèbert parece acercarse a una aproximación de este tipo: «La tentation est forte cependant de revenir sans cesse à une coupure culturelle entre ville et campagne ... l'explication n'est pas dans la ville considérée comme un acteur autonome ... mais à la fois dans la ville et la campagne replacées dans le cadre d'une formation sociale. Car en définitive, l'urbanisation est un processus de différentiation d'une société, et les oppositions éventuelles ville-campagne n'en sont qu'un effet second et interne au système dont campagne et ville font partie» (1978, p. 75).

<sup>40</sup> Abundan en las fuentes antiguas las referencias al núcleo urbano y al territorio. Cicerón nos dice: «Conventicula hominum quae postea civitates nominatae sunt, domicilia conjuncta quae urbes dicimus» (Sest. 91). Para Frontino la noción de *territorium* engloba «urbanum solum et agreste solum» (Grom. Vet. 17 La). Y también para Ulpiano el término *publicus locus* no sólo se refiere a las tierras del campo, tiene un sentido más amplio: «Ut et ad areas et ad insulas et ad agros et ad vias publicas itineraque publica pertineat» (Dig. XLIII, 8, 2, 3). Pero, evidentemente, estas notas sólo definen el hecho físico de la comunidad.

que pudiera surgir a raíz de los repartos de tierra<sup>41</sup>. Estos ejemplos no se refieren a ciudades concretas. Son disposiciones generales que deben haber afectado a toda nueva comunidad.

Por otra parte, quedan todavía muchos problemas que, sin duda alguna, pertenecen al tema de la 'relación ciudad-campo' —expresión que, en mi opinión, carece ahora de toda validez al no ser explicativa de las comunidades romanas— y que no pueden ser abordados a partir de ninguna de las perspectivas que hemos visto. Por ejemplo, no tenemos todavía una explicación satisfactoria a la inscripción de Vespasiano de Orange sobre la restitución de las tierras de uso público asignadas a la colonia y que habían sido ocupadas por particulares<sup>42</sup>. Piganiol nos dice que esta disposición se incluye en una larga serie de operaciones para la *restitutio* de *loca publica* que se efectúa ya desde los tiempos de la República. Esto no constituye, a mi modo de ver, ninguna explicación. Piganiol se limita, únicamente, a señalar el hecho. Pero ¿qué impulsa a Vespasiano y a otros antes que él, a combatir estas usurpaciones?

Otro ejemplo de intervención imperial lo encontramos en los *alimenta* de Trajano, sistema de préstamos a pequeños y medianos propietarios, cuyo interés del 5 % iba destinado a mantener a los niños de familias pobres. ¿Son debidos a la benevolencia del emperador? ¿Se posibilitaba con ellos a los propietarios de las tierras a hacer inversiones? ¿Cuál ha sido su alcance? La cuestión continúa todavía en debate.

Son pequeñas muestras de las que la mayoría de los investigadores que han tratado sobre la 'relación ciudad-campo' ni siquiera se hacen eco. Quizás la ciudad y el campo se hayan elevado al rango de primeros actores del drama, cuando puede que no sean más que los decorados del mismo.

*Universidad de Santiago de Compostela*

*Dpto. de Historia Antigua*

Santiago de Compostela

PAZ LÓPEZ PAZ

<sup>41</sup> Los agrimensores nos proporcionan algunos ejemplos de cómo se cuidaban los detalles a la hora de realizar los repartos de tierra. Así, nos hablan de una orden de Augusto para que se delimitaran con estacas de madera (lit. *termini roborei*), los límites de las distintas *acceptae*, mientras que antes sólo se señalaban las *centuriae*: «Divus Augustus in assignationibus suis numero limitum inscriptos lapides omnibus centuriarum angulis defigi iussit: nam locatione operis huius non solum quod ad publicos limites pertinerat iniunxit / verum etiam inter acceptas ne roborei deessent termini cavit» (Hygin. Grom. *De Lim. Const.* 172 La).

Otro tipo de información se refiere a los ríos. Cuando se trazaba la centuriación, se excluía de la misma no sólo el cauce de los ríos, sino también la franja de tierra aneja. Estas tierras no se asignaban por sí el cauce del río subía de nivel y las anegaba: «Fluminum autem modus in aliquibus regionibus intra centurias exceptus est, id est adscriptum FLVMINI TANTVM, quod alveus occuparet. aliquibus / vero regionibus non solum quod alveus occuparet, sed etiam / agrorum aliquem modum flumini adscripsit, quoniam torrens violentior excedit frequenter circa alveum [et] centurias» (Hygin. *De Cond. Agr.* 120 La).

Por otra parte, el cambio de la orientación de las centuriaciones de dos ciudades vecinas para evitar que los límites de las dos *perticae* coincidieran, era una práctica

bastante usual: «Et multi, ne proxima coloniae limitibus ordinatos limites mitterent, exacta conversione discreverunt» (Front. *De Limitibus*, 31 La).

Vemos que se tiene un gran cuidado en evitar las posibles controversias que pudieran derivarse de los repartos y asignaciones de tierras.

<sup>42</sup> La inscripción dice lo siguiente: «Ad restituenda publica, quae divus Augustus militibus legionis II Gallicae dederat, possessa a privatis per aliquod annos ...». Las usurpaciones de los *publica* por particulares y las consiguientes reacciones del Estado están atestiguadas en toda la Historia de Roma no sólo a través de inscripciones de características similares a la de Orange, sino también por las informaciones que nos proporcionan los autores latinos. Así, Tito Livio nos dice que en el 173 a.C. el Senado encarga al cónsul Postumius limitar en Campania el *ager publicus* que los particulares no cesaban de usurpar (Liv. XLII, I, 6). Con este mismo fin aparecen a comienzos del siglo I en Roma un colegio de cinco *curatores locorum publicorum iudicandorum* cuyas inscripciones dicen «ex privato in publicum restituerunt» (ILS, 5939-5941). Del propio Vespasiano, a quien pertenece la inscripción de Orange, se conservan varios textos con idéntico objetivo, lo que prueba que este emperador luchó siempre contra las usurpaciones de este tipo (vid. Piganiol 1962, pp. 84-87).

## BIBLIOGRAFÍA

- ALFÖLDY, G.: «Stadt, Land und raumordnende Bestrebungen im römischen Weltreich» en *Stadt-Land-Beziehungen und Zentralität als Problem der historischen Raumerforschung*, Veröffentlichungen der Akademie für Raumerforschung und Landesplanung, Band 88, Historische Raumerforschung, 11, Hannover. 1974.
- ANDREAU, J.: «Les financiers romains entre la ville et la campagne» en: Colloque *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, (Aix-en-Provence, Mai 1984), Aix-en-Provence, pp. 177-196. 1985.
- BOST, J.-P.: «Specificité des villes et effets de l'urbanisation dans l'Aquitaine augustéenne», en: Colloque *Villes et campagnes dans l'Empire Romain*, (Aix-en-Provence, Mai 1980), Aix-en-Provence, pp. 61-76. 1982.
- BRUHNS, H.: «De Werner Sombart à Max Weber et Moses I. Finley: La typologie de la ville antique et la question de la ville de consommation», en: Colloque *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, (Aix-en-Provence, Mai 1984), Aix-en-Provence, pp. 253-273. 1985.
- CAPOGROSSI, L.: «Max Weber e la storia antica» en *Estudios de Derecho Romano en honor de Alvaro d'Ors*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, S.A., pp. 345-360. 1987.
- CHEVALLIER, R.: «Cité et territoire. Solutions romaines aux problèmes de l'organisation de l'espace», *ANRW*, II, 1, pp. 649-788. 1974.
- CHOUQUER, G. ET ALII: «Cadastrés, occupation du sol et paysages agraires antiques», *Annales ESC*, 5, 6, pp. 874-882. 1982.
- CLAVEL-LÉVÊQUE, M.: *Villes et structures urbaines dans l'occident romain*, Paris, A. Colin. 1971.
- FAVORY, F.: «Détection des cadastres antiques par filtrage optique: Gaule et Campanie», *MEFRA* 92, pp. 347-386. 1980.
- «Propositions pour la modelisation de cadastres ruraux antiques», en: Table Ronde *Cadastres et espace rural. Approche et réalités antiques*, (Besançon, Juin 1980), Besançon, pp. 51-135. 1983.
- FERDIÈRE, A.: «Organisation et contrôle de l'espace rural par la ville, contribution au débat», Colloque *Villes et campagnes dans l'Empire Romain*, (Aix-en-Provence, Mai 1980), Aix-en-Provence, pp. 95-100. 1982.
- FEVRIER, P.-A.: «Préface», en: Colloque *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, (Aix-en-Provence, Mai 1984), Aix-en-Provence, pp. 9-17. 1985.
- FINLEY, M. I.: «The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and Beyond», *Comparative Studies in Society and History*, 19, pp. 305-327. (Trad. esp. «La ciudad antigua: de Fustel de Coulanges a Max Weber y más allá», en *La Grecia Antigua. Economía y Sociedad*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 35-59). 1977.
- *The Ancient Economy*, 2.<sup>a</sup> ed., London, The-Hogarth Press, (Trad. esp. *La Economía de la Antigüedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1978). 1985.
- FREZOULS, E.: «L'Empire Romain et la cité. Réflexions sur la politique d'urbanisation», *95 Congrès National des Sociétés Savantes*, Reims pp. 43-48. 1970.
- GALSTERER, H.: «Stadt und Territorium», *Historische Zeitschrift*, Beiheft 4 (n. f.), München, Oldenbourg-Verlag, pp. 75-106. 1982.
- GORGES, J. G.: «Centuriation et organisation du territoire: Notes préliminaires sur l'exemple de Merida» en: Colloque *Villes et campagnes dans l'Empire Romain* (Aix-en-Provence Mai 1980), Aix-en-Provence, pp. 101-110. 1982.
- GOUDINEAU, Ch.: «Une réponse de Christian Goudineau» en Ph. Leveau, «La ville antique, «ville de consommation» (Parasitisme social et économie antique)», *Études Rurales* 90, pp. 283-287. 1983.
- «Intervention de Christian Goudineau», en: Colloque *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, (Aix-en-Provence, Mai 1984), Aix-en-Provence, pp. 281-284. 1985.
- GRAMSCI, A.: *Política y Sociedad*, Barcelona, Península. 1977.
- KOLENDO, J.-KOTULA, T.: «Quelques problèmes du développement des villes en Afrique Romaine», *Klio* 59: I, pp. 175-184. 1977.
- LASSERE, M.: «Intervention de M. Lassere sur l'exposé de Ph. Leveau», en Ph. Leveau «Une ville et ses campagnes: l'exemple de Caesarea de Mauretanie», en: Colloque *Villes et campagnes dans L'Empire Romain*, (Aix-en-Provence, Mai 1980), Aix-en-Provence, p. 93. 1982.
- LEVEAU, Ph.: «Une ville et ses campagnes: l'exemple de Caesarea de Mauretanie», Colloque *Villes et campagnes dans l'Empire Romain*, (Aix-en-Provence, Mai 1980), Aix-en-Provence, pp. 77-90. 1982.
- «La ville antique, «ville de consommation» (Parasitisme social et économie antique)», *Études Rurales* 90, pp. 275-289. 1983a.
- La ville antique et l'organisation de l'espace rural: villa, ville, village», *Annales ESC* 38: 4, pp. 920-942. 1983b.

- «Richesses, investissements, dépenses: A la recherche des revenus des aristocraties municipales de l'Antiquité», en: Colloque *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, (Aix-en-Provence, Mai 1984), Aix-en-Provence, pp. 19-37. 1985.
- MARX, K.: *La Ideología Alemana*, Montevideo, Ed. Pueblos Unidos. 1968.
- *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Borrador) 1857-1958*, 2.ª ed., Madrid, Siglo XXI. 1972.
- *El Capital*, Méjico, Fondo de Cultura Económica. 1973.
- MOREL, J.-P.: «La manufacture, moyen d'enrichissement dans l'Italie Romaine?», en: Colloque *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, (Aix-en-Provence, Mai 1984), Aix-en-Provence, pp. 87-111. 1985.
- PICARD, G.: «Observations sur la condition des populations rurales dans l'Empire Romain en Gaule et en Afrique», *ANRW* II, 3, pp. 98-111. 1975.
- PIGANIOL, A.: «Les documents cadastraux de la colonie romaine de Orange», XVI suppl. à *Gallia*. 1962.
- ROSTOVZEFF, M.: *Historia Social y Económica del Imperio Romano*, Madrid, Espasa-Calpe. 1981.
- SERENI, E.: *Comunità rurali nell'Italia antica*, Roma. (Reproducción anastática en Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1971). 1955.
- «Villes et campagnes dans l'Italie preromaine», *Annales ESC* 22: 1, pp. 23-49. 1967.
- SMITH, A.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Méjico, Fondo de Cultura Económica. 1985.
- THÉBERT, Y.: «Romanisation et déromanisation en Afrique: histoire décolonisée ou histoire inversée?», *Annales ESC*, pp. 65-82. 1978.
- TROUSSET, P.: «Nouvelles observations sur la centuriation romaine à l'Est d'El Jem», *Antiquités Africaines* 11, pp. 175-207. 1977.
- «Villes, campagnes et nomadisme dans l'Afrique du Nord antique: Représentations et réalités», en: Colloque *villes et campagnes dans l'Empire Romain*, (Aix-en-Provence, Mai 1980), Aix-en-Provence, pp. 195-205. 1982.
- WEBER, M.: *Agrarverhältnisse im Altertum*, Tübingen. 1924.
- «Die Nichtlegitime Herrschaft (Typologie der Städte)» en *Wirtschaft und Gesellschaft* Fünfte Revidierte Auflage, Tübingen, J.C.B. Mohr, 2. Halbband. (Trad. esp. *La Ciudad*, Madrid, La Piqueta, 1987). 1972.
- WELSKOPFF, E. Ch.: «Polis und Chôra: konnte die Diskontinuität der Stadt vom Lande her überbrückt Werden?», Colloque Internationale *Thèmes de recherches sur les villes antiques d'occident*, (Strasbourg, Octobre 1971), Paris, pp. 153-158. 1977.